

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Vida Consagrada



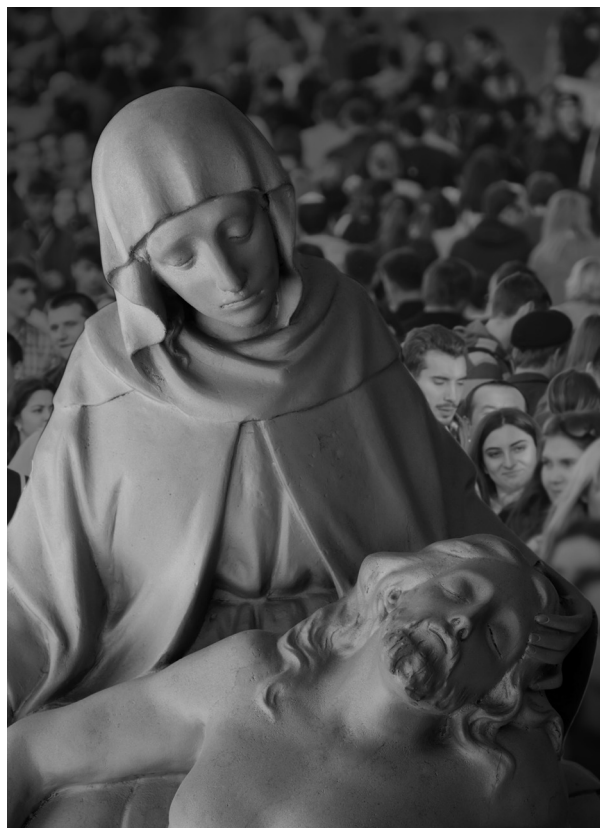
JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2020



Presentación
Testimonios
Magisterio

www.conferenciaepiscopal.es

La vida consagrada con María, esperanza de un mundo sufriente



Presentación
Testimonios
Magisterio

© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

PRESENTACIÓN

LA VIDA CONSAGRADA CON MARÍA, ESPERANZA DE UN MUNDO SUFRIENTE

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

Se cumplen 20 años del Gran Jubileo 2000, convocado por san Juan Pablo II con el objetivo de que la Iglesia se preparara para cruzar el umbral del tercer milenio de la era cristiana, la cual comenzara 2000 años atrás, con el nacimiento de Cristo, punto culminante de la historia de la salvación.

Durante los tres años previos al Jubileo, la Iglesia puso sucesivamente su foco de atención en las tres Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, respectivamente.

Para conmemorar dicha efeméride la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada ha dedicado también los tres últimos años a la Santísima Trinidad (2017 – Hijo; 2018 – Espíritu Santo; 2019 – Padre). De esta forma, el misterio trinitario ha guiado nuestra reflexión, los Cursos para consagradas, las Jornadas anuales (Jornada Mundial de la Vida Consagrada y Jornada *Pro orantibus*), etc. Hemos querido culminar este ciclo con un año centrado en la persona de la Virgen María, supremo modelo de vida consagrada. Y la Comisión de Obispos y Superiores Mayores (COBYSUMA) ha elegido como línea temática de la Jornada de la Vida Consagrada de este año 2020 una virtud teologal, la esperanza, de la que el mundo actual, en el que hay tanto sufrimiento, está profundamente necesitado. La persona de especial consagración, con su palabra, con su acción, pero sobre todo con su propia vida, es testigo y anuncio de esa esperanza. Y lo será en tanto en cuanto aprenda de María y con María, Madre de la Esperanza, a esperar solo en Dios.

Cuando rezamos la popular oración del *Acordaos*, le decimos a la Virgen que jamás se ha oído decir que fuese de Ella abandonado ninguno de cuantos han acudido a su amparo, reclamado su protección e implorado su auxilio. Y en la *Salve* nos dirigimos a Ella como “Esperanza nuestra”. María esperó siempre en Dios, y ahora Ella nos enseña a esperar. Las personas que viven una especial consagración a Dios están especialmente llamadas a ser, con María, maestras y testigos de la esperanza.

Pero, ¿qué es exactamente la esperanza? El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos enseña que «es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza

en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (n. 1817).

Y María, en efecto, confió en las promesas de Dios, con esperanza cierta de que se cumplirían: Dios redimiría a su Pueblo. Ella, que era virgen, sería Madre del Hijo de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo. Este Hijo, que en nada se diferenciaba de cualquier otro niño pobre, pequeño y desvalido, sería Luz de las naciones, Salvador del mundo. Cuando le vio maltratado y crucificado no perdió la esperanza en que resucitaría, venciendo a la muerte. Cuando vio el desconsuelo y la desesperación de los discípulos tras el Viernes Santo, ahí estaba «Ella, *madre de esperanza*, en medio de esa comunidad de discípulos tan frágiles», tal y como subraya el papa Francisco (*Audiencia general*, 10.V.2017), y no dejó de confiar en que la Iglesia crecería y cumpliría su misión de llevar el Evangelio al mundo entero, y que el Reino de su Hijo no tendría fin. Después de la Ascensión de Jesús a los Cielos, Ella sostuvo la espera del acontecimiento de Pentecostés.

Continúa explicando el *Catecismo* que «la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad» (n. 1818).

Así, también hoy nuestra Madre desde el Cielo continúa alentando nuestra esperanza; y los consagrados participan de esta misión de llevar esperanza a un mundo sufriente:

- María acudió rápidamente a ayudar a su anciana prima Isabel en los últimos meses de su embarazo. Con Ella, miles de personas consagradas en todo el mundo atienden a madres con dificultades, luchan por la vida del no nacido, cuidan a ancianos abandonados, a enfermos y a personas vulnerables.
- María cuidó y educó a Jesús. Con Ella, los consagrados se dedican con mucha frecuencia al servicio de la educación de niños y jóvenes.
- María estuvo al lado de su Hijo en su Pasión y muerte en la cruz. Con Ella, son muchos los consagrados que están cerca de los encarcelados, de los que sufren violencia, persecución o explotación.
- Tras la muerte de Jesús, María acompañó y consoló a los Apóstoles, alentando la esperanza en la Resurrección y en la venida del Espíritu Santo. Con Ella, las personas consagradas llevan aliento y consuelo a quienes sufren tristeza, incompreensión, rechazo, angustias, desesperación.

- Pero, sobre todo, María, y con Ella las personas consagradas, son fuente de esperanza en todas esas situaciones porque entregan al mundo a Jesucristo, es decir, a Aquel que vino a dar sentido al sufrimiento y a la muerte, porque es Aquel que venció el pecado, origen de todos los males que sufre la humanidad.

María y las almas consagradas anuncian que el mal no tiene la última palabra, porque el Bien –Dios– es más fuerte; que en el reino de los Cielos «ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor» (Ap 21, 4), porque no habrá pecado; y que debemos anticipar ese Reino ya en este mundo, mediante nuestras obras buenas, y nuestra caridad, fe y esperanza. Solo así seremos para los demás «estrellas de esperanza», como nos enseñó Benedicto XVI:

«Con un himno del siglo VIII/IX, por tanto de hace más de mil años, la Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como “estrella del mar”: *Ave maris stella*. La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza; Ella, que con su “sí” abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella, que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1, 14)? (*Spe Salvi*, n. 49).

TESTIMONIO DE VIDA RELIGIOSA

MÁS ALLÁ DE MI VENTANA

No hace falta pensar en un continente específico para comprobar que habitamos un mundo herido, que cada día sufre más. La ventana de mi habitación da a la calle y puedo asomarme a ella y ver pasar algún inmigrante que “vive al día” o alguna mujer que sufre la desigualdad o algún niño que se las arregla solo, mientras su familia trata de sobrevivir.

Asomarme a mi ventana puede ser un ejercicio sin sentido, si con ello no descubro a Alguien más allá de mí misma, al “Todocuidadoso”, el cual no se asoma a la ventana, sino que está habitando en cada persona en sus circunstancias. En mi voluntariado de *Pueblos Unidos*, muchas veces me encuentro con miradas desesperadas por un trabajo, por una residencia, por una ayuda; pero, a la vez, en sus búsquedas desesperadas, descubro que los habita una esperanza: Dios mismo alentándolos en medio de la dureza de su situación.

Creo que Dios está moviéndome como vida religiosa a posibilitar la esperanza, a un ritmo marcado por María, la que se mantuvo al pie de la cruz cuando todo parecía el final. La esperanza que puedo ofrecer tal vez no sea solucionar problemas, aunque mirando a María puedo fiarme y saber que «para Dios nada hay imposible» (*Lc 1, 37*).

Desde la Pastoral Juvenil en mi Congregación apuesto por procesos desde lo pequeño, el encuentro, la fraternidad, para abrir caminos a la esperanza y crear puentes entre personas, sufrimientos, experiencias y compromisos. En mi familia religiosa nos hacemos solidarios para ir más allá de asomarnos a la ventana y salir al encuentro de otros y de Otro.

M.^a IRAIDA MEZA, FMMDP
Franciscana Misionera de la Madre del Divino Pastor

TESTIMONIO DE VIDA CONTEMPLATIVA

MARÍA: REFUGIO, MAESTRA Y GUÍA

Paz y bien. Desde mi infancia la presencia de la Virgen acompaña mi camino, guía mis pasos en la juventud y modela mi consagración: María de Nazaret, modelo de entrega a Dios y de fidelidad a Cristo. Ha pasado el tiempo y aquella muchacha es hoy una contemplativa, una mujer que vive y realiza su vocación entregando su vida en el claustro, en la soledad y el silencio, escondida con Cristo en Dios, en una vida oculta a los ojos del mundo; una mujer que se siente colaboradora del mismo Dios y sostén de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable, llamada a vivir en esperanza, a transmitir esperanza, quizá de manera muy simple: con su propia vida.

Así es mi vida de hermana pobre: meditar, confiar, aceptar y continuar en medio de luchas, cansancios y pobreza. Y María se convierte en refugio, maestra y guía en el camino; cuando uno no entiende, cuando llega el dolor, incluso cuando parece que las cosas no tienen sentido, de nuevo: ¡*Fiat!* ¡Hágase! Ella, la Madre que Jesús nos dio al pie de la cruz, sostiene mis pasos, y me dice al corazón: «En pie, adelante, mira el futuro», porque Ella es Madre de esperanza. Como Ella, confío, como hicieron los primeros discípulos hasta que se haga de nuevo la luz. Con Ella, como hicieron los apóstoles en el cenáculo, espero en oración la fuerza de lo alto, y al igual que Ella, atenta a las necesidades del mundo intercedo: «No les queda vino...» y aguardo el milagro: «Haced lo que Él os diga»; hasta llegar a Jesús, meta y descanso de mi peregrinar en esta vida, como anhelo y aspiración última de mi corazón, hasta el encuentro definitivo.

Sor M.^a MERCEDES GONZÁLEZ GÓMEZ osc.

Hermana Pobre de Santa Clara

Monasterio del Corpus Christi

Zamora

TESTIMONIO DE INSTITUTOS SECULARES

UNA VIDA EUCARISTIZADA

Resumir o plasmar con palabras la llamada de Dios en mi vida a ser Sierva Seglar de Jesucristo Sacerdote es sencillo si veo mi existencia como un camino que me dirigía ya, desde jovencita, a esta participación en la ofrenda de Jesucristo por la santidad en el mundo; y si releo mi historia desde la misericordia del Señor, que acogía cuanto yo era: mis caídas, mis aciertos, mis desdenes, mis impulsos más fervorosos. Todo lo puse en manos de Jesucristo Sacerdote eterno, todo elevado al Padre, junto al dolor y a las alegrías de cuantos me han acompañado hasta llegar a ser lo que Dios soñó de mí. No me extraña nada haber podido llegar. ¡Cuántas reuniones juveniles! ¡Cuántas horas ante el Santísimo! ¡Cuántas amistades forjadas a fuego! ¡Cuánta libertad experimentada ante el Dueño de la historia! ¡Cuánto hecho y cuánto por hacer! Ahora comprendo el deseo grande de ser maestra, las dotes de liderazgo que me diste, Señor, los talentos, el vibrar con la profesión, sintiendo que puedo redimir junto contigo, que puedo ofrecerte tanto bien como descubro a mi alrededor. Mis ojos están llenos de Tu mirada para hacer más amable el ambiente, para dejarme conmovido por lo que el ser humano puede llegar a ser cuando no lo mueve Tu Espíritu. Y todo lo entrego por los sacerdotes, para que sean santos. Mi vida está eucaristizada, como lo quería el siervo de Dios Juan Sánchez Hernández, en secreta entrega, viviendo inmersa en la Pascua del Señor, con la cruz como camino y con María como maestra de corazones sacerdotales y Reina de los Apóstoles.

TANIA QUILAMBAQUI JARA

Instituto Secular Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote

TESTIMONIO DEL ORDEN DE VÍRGENES

«VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA Y LA LUZ DEL MUNDO»
(Mt 5, 13-14)

Como profesora de secundaria en dos centros públicos tengo la alegría de dedicar mi vida y mi trabajo a adolescentes y familias, codo a codo con compañeros muy diversos. Esto me conduce a ejercer la maternidad espiritual, y puedo decir que hay *sed de Dios*. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitan a Dios. Así lo siento yo al reflexionar sobre las palabras de Jesús «vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo», y al mirar a María, referencia ejemplar de mi consagración en el *Ordo virginum*, convertida en presencia materna constante mediante el asiduo rezo del rosario. Ella me regala realizar ‘su mejor especialidad’: la oración de intercesión: «no tienen vino» (Jn 2, 3), y me hace consciente de que sabe ver las necesidades de sus hijos y actúa.

En la eucaristía, la presencia real de Cristo se hace para mí cada vez más patente, belleza esponsal con el divino Cordero, alimento de mi existencia y empuje en un *feedback* hacia los que me rodean: ¡puedo ser eucaristía para otros y conducirlos finalmente a la Cena del Amor! Él mantiene el aceite de mi lámpara para que la maternidad espiritual se plenifique en su espera. Y mientras, sigo pidiendo al Espíritu Santo que ame en mí, transmita en mí a Cristo y sea yo hoy como el pincel que decía santa Teresa de Lisieux, con el cual dibuje y pinte su obra, acogiéndome a la máxima de san Ignacio de Loyola: *trabaja como si todo dependiera de ti, ora como si todo dependiera de Dios*.

BEATRIZ MONTEAGUDO GUTIÉRREZ
OVC Santander

TESTIMONIO DE NUEVAS FORMAS DE VIDA CONSAGRADA CON MARÍA, SOMOS ESPERANZA

¿La esperanza no falla? (cf. *Rom 5, 5*). ¿Cómo mantener la esperanza ante tantos que no tienen un futuro porque se les roba el presente? ¿Cómo permanecer de pie y en espera cuando la irracionalidad visceral de unos cuantos impone su visión a muchos? ¿Cómo creer que todo acabará bien si mucho escapa a nuestra posibilidad de cambiar el mal? ¿Cómo esperar contra toda esperanza? (cf. *Rom 4, 18*).

«No tienen vino» (*Jn 2, 3*). La afirmación de María es de una hondura que rasga hasta el fondo del ser si nos dejamos interpelar. No tenemos vino y no sabemos de dónde sacarlo. Falta el vino de calor de hogar en tantos ambientes muertos. Falta el vino de la ternura acogedora en tantas relaciones. Faltan signos de comunión y fraternidad. ¡Falta el vino!, vuelve a decir María, que nos acompaña con su presencia contemplativa y perspícaz.

María es esperanza porque no se queda en la carencia, en la crítica, en lo que no hay. Ella avanza, confía y expresa el único camino de esperanza: «Haced lo que Él os diga» (*Jn 2, 5*).

¿Qué es la vida consagrada sino esa entrega profunda y abandonada para que Dios se vuelva a hacer carne en nuestras entrañas, en nuestras palabras y en nuestros gestos?

Somos esperanza, con María, si nos ponemos en camino con prontitud (*Lc 1, 39*); si nos confrontamos con la falta de vino para decir y vivir con convicción: «Haced lo que Él os diga»; y si, con serenidad, abandono y perseverancia, aun en lo escondido, derramamos nuestra agua hasta llenar las vasijas, creyendo que es Él quien hace el milagro.

TERESA RODRÍGUEZ ARENAS
Fraternidad Misionera Verbum Dei

LOS MOTIVOS DE LA JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

EXTRACTO DEL MENSAJE DE SAN JUAN PABLO II CON OCASIÓN DE LA CELEBRACIÓN DE LA I JORNADA (2 DE FEBRERO DE 1997)

La finalidad de dicha jornada es por tanto triple: *en primer lugar*, responde a la íntima necesidad de alabar más solemnemente al Señor y darle gracias por el gran don de la vida consagrada que enriquece y alegra a la comunidad cristiana con la multiplicidad de sus carismas y con los edificantes frutos de tantas vidas consagradas totalmente a la causa del Reino. Nunca debemos olvidar que la vida consagrada, antes de ser empeño del hombre, es don que viene de lo Alto, iniciativa del Padre, «que atrae a sí una criatura suya con un amor especial para una misión especial». Esta mirada de predilección llega profundamente al corazón de la persona llamada, que se siente impulsada por el Espíritu Santo a seguir tras las huellas de Cristo, en una forma de particular seguimiento, mediante la asunción de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Estupendo don.

«¿Qué sería del mundo si no existieran los religiosos?», se preguntaba justamente santa Teresa (*Libro de la vida*, c. 32, 11). He aquí una pregunta que nos lleva a dar incesantes gracias al Señor, que con este singular don del Espíritu continúa animando y sosteniendo a la Iglesia en su comprometido camino en el mundo.

En segundo lugar, esta Jornada tiene como finalidad promover en todo el Pueblo de Dios el conocimiento y la estima de la vida consagrada.

Como ha subrayado el Concilio (cf. *Lumen gentium*, n. 44) y yo mismo he tenido ocasión de repetir en la citada exhortación apostólica, la vida consagrada «imita más de cerca y hace presente continuamente en la Iglesia la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su Reino, abrazó y propuso a los discípulos que le seguían» (n. 22). Esta es, por tanto, especial y viva memoria de su ser de Hijo que hace del Padre su único Amor -he aquí su virginidad-, que encuentra en Él su exclusiva riqueza -he aquí su pobreza- y tiene en la voluntad del Padre el “alimento” del cual se nutre (cf. *Jn* 4, 34) -he aquí su obediencia-.

Esta forma de vida abrazada por Cristo y actuada particularmente por las personas consagradas, es de gran importancia para la Iglesia, llamada en cada uno de sus miembros a vivir la misma tensión hacia el Todo de Dios, siguiendo a Cristo con la luz y con la fuerza del Espíritu Santo.

La vida de especial consagración, en sus múltiples expresiones, está así al servicio de la consagración bautismal de todos los fieles. Al contemplar el don de la vida consagrada, la Iglesia contempla su íntima vocación de pertenecer solo a su Señor, deseosa de ser a sus ojos «sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada» (Ef 5, 27).

Se comprende así, pues, la oportunidad de una adecuada Jornada que ayude a que la doctrina sobre la vida consagrada sea más amplia y profundamente meditada y asimilada por todos los miembros del Pueblo de Dios.

El tercer motivo se refiere directamente a las personas consagradas, invitadas a celebrar juntas y solemnemente las maravillas que el Señor ha realizado en ellas, para descubrir con más límpida mirada de fe los rayos de la divina belleza derramados por el Espíritu en su género de vida y para hacer más viva la conciencia de su insustituible misión en la Iglesia y en el mundo.

En un mundo con frecuencia agitado y distraído, la celebración de esta Jornada anual ayudará también a las personas consagradas, comprometidas a veces en trabajos sofocantes, a volver a las fuentes de su vocación, a hacer un balance de su vida y a renovar el compromiso de su consagración. Podrán así testimoniar con alegría a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, en las diversas situaciones, que el Señor es el Amor capaz de colmar el corazón de la persona humana.

Existe realmente una gran necesidad de que la vida consagrada se muestre cada vez más «llena de alegría y de Espíritu Santo», se lance con brío por los caminos de la misión, se acredite por la fuerza del testimonio vivido, ya que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos» (*Evangelii nuntiandi*, n. 41).

En la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo

La Jornada de la Vida Consagrada se celebrará en la fiesta en que se hace memoria de la presentación que María y José hicieron de Jesús en el templo «para ofrecerlo al Señor» (Lc 2, 22).

En esta escena evangélica se revela el misterio de Jesús, el consagrado del Padre, que ha venido a este mundo para cumplir fielmente su voluntad (cf. Heb 10, 5-7). Simeón lo indica como «luz para iluminar a las gentes» (Lc 2, 32) y preanuncia con palabra profética la suprema entrega de Jesús al Padre y su victoria final (cf. Lc 2, 32-35).

La Presentación de Jesús en el templo constituye así un icono elocuente de la donación total de la propia vida por quienes han sido llamados a reproducir en la Iglesia y en el mundo, mediante los consejos evangélicos, «los rasgos característicos de Jesús virgen, pobre y obediente» (*Vita consecrata*, n. 1).

A la presentación de Cristo se asocia María

La Virgen Madre, que lleva al Templo al Hijo para ofrecerlo al Padre, expresa muy bien la figura de la Iglesia que continúa ofreciendo sus hijos e hijas al Padre celeste, asociándolos a la única oblación de Cristo, causa y modelo de toda consagración en la Iglesia.

Desde hace algunos decenios, en la Iglesia de Roma y en otras diócesis la festividad del 2 de febrero viene congregando espontáneamente en torno al papa y a los obispos diocesanos a numerosos miembros de Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, para manifestar conjuntamente, en comunión con todo el Pueblo de Dios, el don y el compromiso de la propia llamada, la variedad de los carismas de la vida consagrada y su presencia peculiar en la comunidad de los creyentes.

Deseo que esta experiencia se extienda a toda la Iglesia, de modo que la celebración de la Jornada de la Vida Consagrada reúna a las personas consagradas junto a los otros fieles para cantar con la Virgen María las maravillas que el Señor realiza en tantos hijos e hijas suyos y para manifestar a todos que la condición de cuantos han sido redimidos por Cristo es la de «pueblo a él consagrado» (*Dt 28, 9*).

MARÍA, MADRE DE LA ESPERANZA

EXTRACTO DE LA HOMILÍA DEL PAPA FRANCISCO EN LA CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS CON LA COMUNIDAD DE LAS MONJAS BENEDICTINAS CAMALDULENSES EN EL MONASTERIO DE SAN ANTONIO ABAD EN EL AVENTINO, ROMA (21.XI.2013)

María es la madre de la esperanza, la imagen más expresiva de la esperanza cristiana. Toda su vida es un conjunto de actitudes de esperanza, comenzando por el «sí» en el momento de la anunciación. María no sabía cómo podría llegar a ser madre, pero se confió totalmente al misterio que estaba por realizarse, y llegó a ser la mujer de la espera y de la esperanza. Luego la vemos en Belén, donde nace en la pobreza Aquel que le fue anunciado como el Salvador de Israel y como el Mesías. A continuación, mientras se encuentra en Jerusalén para presentarlo en el templo, con la alegría de los ancianos Simeón y Ana, tiene lugar también la promesa de una espada que le atravesaría el corazón y la profecía de un signo de contradicción. Ella se da cuenta de que la misión y la identidad misma de ese Hijo, superan su ser madre. Llegamos luego al episodio de Jesús que se pierde en Jerusalén y le buscan: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así?» (*Lc 2, 48*), y la respuesta de Jesús que se aparta de las preocupaciones maternas y se vuelve a las cosas del Padre celestial.

Sin embargo, ante todas estas dificultades y sorpresas del proyecto de Dios, la esperanza de la Virgen no vacila nunca. Mujer de esperanza. Esto nos dice que la esperanza se alimenta de escucha, contemplación y paciencia, para que maduren los tiempos del Señor. También en las bodas de Caná, María es la madre de la esperanza, que la hace atenta y solícita por las cosas humanas. Con el inicio de la vida pública, Jesús se convierte en el Maestro y el Mesías: la Virgen contempla la misión del Hijo con júbilo pero también con inquietud, porque Jesús se convierte cada vez más en ese signo de contradicción que el anciano Simeón ya le había anunciado. A los pies de la cruz, es mujer del dolor y, al mismo tiempo, de la espera vigilante de un misterio, más grande que el dolor, que está por realizarse. Todo parece verdaderamente acabado; toda esperanza podría decirse apagada. También ella, en ese momento, recordando las promesas de la anunciación habría podido decir: no se cumplieron, he sido engañada. Pero no lo dijo. Sin embargo ella, bienaventurada porque ha creído, por su fe ve nacer el futuro nuevo y espera con esperanza el mañana de Dios. A veces pienso: ¿sabemos esperar el mañana de Dios? ¿O queremos el hoy? El mañana de Dios para ella es el alba de la mañana de Pascua, de ese primer día

de la semana. Nos hará bien pensar, en la contemplación, en el abrazo del hijo con la madre. La única lámpara encendida en el sepulcro de Jesús es la esperanza de la madre, que en ese momento es la esperanza de toda la humanidad. (...) ¡Debemos mucho a esta Madre! En ella, presente en cada momento de la historia de la salvación, vemos un testimonio sólido de esperanza. Ella, madre de esperanza, nos sostiene en los momentos de oscuridad, de dificultad, de desaliento, de aparente fracaso o de auténticas derrotas humanas. Que María, esperanza nuestra, nos ayude a hacer de nuestra vida una ofrenda agradable al Padre celestial, y un don gozoso para nuestros hermanos, una actitud que mira siempre al mañana.



